



Amigas

MI VERANO



Por Claudia Yera Jaime
(claudia@vanguardia.cu)

Mi mejor amiga me acompaña siempre; es mi cómplice, mi alcahueta, fortaleza y seguridad. Juntas, mano y asa, llevamos más de diez años en los que me ha «salvado el juego» en innumerables ocasiones.

Su complexión ya es sumamente delgada y ha perdido el color; pero su fortaleza no se discute. Ella es la del día a día, la que «carga lo que aparezca»; mide 48 centímetros de alto por 25 de ancho y está conformada por retazos de un colorido almanaque de tela del año 1996.

Si algo en común tenemos los cubanos es que, a pesar de nuestra condición social, económica o profesional, siempre llevamos



en ristre una jaba. En la cartera, en el maletín, en la mochila, en la guantera o bien doblada en el bolsillo; de nailon, tela, saco o mimbre... resulta indispensable.

En el arte del «forrajeo» diario, brinda suma alegría cuando un amigo te dice: «Dame la jabita para echarle unas bobberías», o al visitar a nuestros padres, mamá anuncia: «Niña, te puse en la jaba un par de aguacates y un pedazo de calabaza».

Quienes tienen una cafetería hacen jabitas de a cinco y de a dos libras de arroz, frijoles y azúcar. «La jabita se cobra aparte», espeta la dependienta y uno rebusca en la cartera a ver si de milagro quedaron diez pesitos sueltos.

Para las ferias dominicales nada mejor que una jaba grande y de asa corta, de esas que impiden divisar lo mucho o poco que se compra. Las de nailon, si nos ponemos creativas, podemos llevarlas hasta en el escote. Y las hechas por las abuelas son sumamente fuertes y duraderas, emanan cariño y devuelven a la vida esas piezas de ropa que ya perdieron funcionalidad.

Las jabas Vima están de moda, y pese a ser desechables fuera de nuestras fronteras, aquí tienen más vidas que un gato y complementan el look de ir al trabajo y la universidad. Mi mejor amiga va perennemente amarrada al manubrio de la bicicleta. Por fortuna, casi siempre regresa llena a casa, y me siento bendecida por ello.

El mundo de barba y verde olivo



Por Lety Mary Alvarez Aguila
(letymary@vanguardia.cu)



PALACIO DE CONVENCIONES
DE LA HABANA
10-13 DE AGOSTO DE 2026

Dicen que un líder nace una vez cada 100 años, que existen hombres colosales e irrepetibles. Nunca sabremos a ciencia cierta con qué medida y frecuencia llegan a este mundo, pero sí conocemos que, una vez que plantan su semilla en la Tierra, se trazan surcos de luz infinita.

Hace un siglo, en Birán, brotó la grandeza en forma de niño. Fidel —un nombre corto e imponente a la vez— entraba en la vida con un certificado de eternidad, destinado a quebrar la lógica de lo perecedero.

Recoger su extensa y rica semblanza no resulta el objetivo de estas líneas. Necesitaríamos acudir a miles de libros, fotografías y testimonios para encontrar a quien, desde muy joven, se dispuso a cambiar la realidad del país desigual donde habitaba. Asaltó un cuartel colmado de esbirros. Vivió la prisión, el exilio, una expedición desafiante y una lucha posterior gestada en el verde de la serranía. Devolvió la sonrisa y la esperanza a un pueblo que clamaba por la justicia social. Se dedicó a construir una Cuba soberana, triunfante, equitativa y soñadora.

Hasta el episodio de la Revolución, todos o casi todos podemos hablar de Fidel como arquitecto y constructor de una obra tan majestuosa como necesaria. Sin embargo, el eterno Comandante se tornó un símbolo más poderoso, cuando el resto del planeta conoció la trascendencia de aquella transformación que sacudió a una pequeña isla del Caribe a finales de los años 50.

Las imágenes y videos perduran cual testigos visuales. Hemos apreciado al Comandante arribar en pistas lejanas, descender de aviones y caminar al saludo con homólogos. Hemos visto a un Fidel robusto y endiosado ante concentraciones de rostros decorados con sonrisas o lágrimas. Disfrutamos de sus imágenes usando un sombrero boliviano o abordando una canoa junto a Chávez.

Dice un refrán popular que «nadie es profeta en su tierra». Con una doble suerte, Fidel fue profético en su tierra y en otras. Abrazó diversas causas del mundo y, por ello, representa para muchos un paradigma de antimperialismo y solidaridad. Diseñó y orientó la política exterior de la Revolución desde sus albores. Esta capacidad de llevar el proyecto cubano a los ojos del globo terráqueo significa una brújula para quienes sorteamos el convulso siglo XXI.

Por estos días, varios líderes mundiales expresaron su devoción al caguairán durante el primer coloquio internacional Fidel: Legado y Futuro. Y es que la huella del Comandante ultrapasó fronteras terrestres y marinas. Sus concepciones sobre política, economía, cultura y sociedad calaron en Latinoamérica, el Caribe y un poco más allá.

De él aprendimos que los pueblos hacen las revoluciones. Y si bien estas no se exportan, pueden marcar el cambio gracias a la vocación internacionalista. El país libre de Fidel escalaba sus primeros peldaños y ya pensaba en procesos de liberación nacional que debían vencer. Bajo su visión lúcida,

acertada y sorprendente, militares y civiles, entre ellos médicos, llegaron al África con el corazón en las manos. Asimismo, el destello de esperanza de nuestra Revolución inspiró experiencias en naciones de las Américas. Fidel estuvo en Vietnam cuando nadie lo hizo. Constituyó alianzas y asociaciones para la felicidad y el progreso de territorios hermanos.

El hombre de casi dos metros de estatura intervino magistralmente en escenarios de todas las latitudes. Alertó sobre los peligros de la especie humana; llamó a que desapareciera el hambre y no el hombre. Y, precisamente, el legado humanista hizo del prócer un ícono para personas que, incluso sin conocerlo, lo admiraban y respetaban.

Colocar al ser humano por encima de todas las cosas; abogar por la defensa del medioambiente, los derechos huma-

nos, los principios socialistas; denunciar el neoliberalismo... lo convirtieron en referente obligatorio para la posteridad, aun cuando nos parecía eterno.

Con el Comandante en Jefe demostramos el potencial para romper el yugo de la neocolonia y conquistar esferas antes obstaculizadas. A 100 años de su natalicio y 67 de Revolución aceptamos que no fue perfecto, pero como ser real fue capaz de movilizar e impresionar a la muchedumbre con un discurso ético y una praxis consecuente.

Constantemente, acudimos a su máxima de que «un mundo mejor es posible», pero en este contexto urge pensar en las armas para edificar esa realidad. Hay que mirar a Fidel todos los días y a toda hora para constatar que nuestra pequeña casa y el enorme patio trasero no se desmoronen. Debemos pensar en el Fidel compartido con la humanidad, ese que vistió al mundo de barba y verde olivo, que esparció la gloria desde la tribuna hasta lo más recóndito del universo.

